

893

M. PQ2367

. 1494

D68



BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"
FONDO RICARDO GOVARRUBIAS

UNIVERSIDAD NACIONAL AUTÓNOMA DE MEXICO
APDO. 5625 MONTE REY, MEXICO

DOÑA SIRENA

Aquella noche reinaba gran animación en la calle de Courcelles, de ordinario obscura y poco frecuentada; las luces, esparcidas profusamente, iluminaban dos largas filas de coches estacionados de derecha á izquierda del arroyo. Los habitantes de aquel barrio desierto como las calles del Marais, no recordaban haber trasnochado tanto desde la época en que la reina de España pasó allí una temporada.

La causa de aquella animación extraordinaria era una fiesta ofrecida á la alta aristocracia española por el marqués Felipe de B..., con motivo del matrimonio de su ahijada doña María de Valdés con el conde Angel Spes de Puyrassieux, exsecretario de la legación francesa en Madrid.

La celebración de aquel matrimonio, verificada aquella mañana en Saint-Philippe du Roule, además de los que estaban invitados, entre los que se encontraban varios miembros del cuerpo diplomático y del ministerio, había atraído gran muchedumbre

de curiosos á la aristocrática iglesia, adornada para tal solemnidad como en los días de mayores fiestas. A pesar de que los desposados habían distribuído importantes limosnas á los pobres del barrio, gran número de éstos invadían la escalera del templo una hora antes de asomar la comitiva, y para llegar hasta el altar, los novios habían tenido que atravesar una doble hilera de miserias suplicantes.

Cuando la futura condesa de Puyrassieux penetraba en la iglesia del brazo del marqués Felipe, una anciana que arrodillada sobre las losas parecía espiarle su paso, le entregó una carta y deslizó en su oído algunas palabras en idioma extranjero. Por el acento, por el rostro y hasta por el carácter especial del vestido, el marqués Felipe advirtió que era compatriota suya: por esto, sin duda, alargó una moneda de oro á la mendiga, que empezaba á repasar las cuentas de su rosario; iba también á devolverle la carta que había cogido instintivamente de las manos de su ahijada, cuando la desposada se inclinó al oído del marqués y le dijo algunas palabras que le hicieron guardar el manuscrito, cuya dirección leyó rápidamente.

—¿Pero es para tí?—contestó á la joven, siempre en voz baja y en español.

—Guárdemela usted, padre mío—repuso; —es sin duda alguna petición de limosnas, ya me la entregará usted más tarde. Me pa-

rece que he visto á esta pobre mujer en otra ocasión y me intereso por ella.

—Está bien,—dijo el marqués guardando el escrito entre las sedas de su traje.

Toda esta escena, dialogada á media voz, había pasado desapercibida para el conde de Puyrassieux. La mendiga, segura de que su petición llegaría á su destino, terminó rápidamente las oraciones y salió en el preciso momento en que cerraban las puertas de la iglesia para contener el gentío que la asaltaba.

Al salir de Saint-Philippe, la anciana se dirigió apresuradamente al hospital Beaujon, situado á corta distancia de aquel lugar. Detenida por el portero del hospicio, le citó el nombre de la Hermana Superiora, á cuya presencia fué llevada inmediatamente.

—¿Es usted, buena mujer?—dijo la monja viendo entrar á la mendiga en su despacho. ¿Busca usted noticias de su protegido? Desgraciadamente no está mejor. Desde su última visita se ha agravado bastante, y por mi parte voy perdiendo toda esperanza de salvarle. Esta noche ha sufrido un acceso de locura que nos ha obligado á amarrarle á la cama.

—¡Lléveme usted á su lado, Hermanal

—Imposible ahora—contestó ésta.—Además de que lo prohíbe el reglamento, el estado del enfermo exige un reposo absoluto; y hemos observado que vuestras visitas le impresionan fuertemente.

—Esta le tranquilizará—repuso la anciana; —además—añadió,—si Enrique ha de morir, no debe morir aquí; no, no puede ser,—murmuró en voz baja y como hablando consigo misma.—Lléveme usted á su lado, Hermana, lléveme usted pronto, se lo suplico.

Al apercibirse de la tenacidad de la anciana, la monja opuso una enérgica y rotunda negativa.

—El enfermo está en peligro—contestó,—y faltaría á mi deber dejándola pasar. Pida usted permiso al doctor, y si se lo concede, podrá verle mañana... si es tiempo todavía.

—Mañana... mañana...—repuso la mendiga con extraordinaria agitación,—mañana será ya tarde... Enrique espera mi visita como un gran remedio para vivir ó morir... y no debe morir aquí. Se lo repito á usted —dijo con voz convulsa,—no debe morir en un camastro. Precisa que salga de esta casa, que salga en seguida, hoy mismo... aun cuando sólo le reste un soplo de vida. Es preciso, es preciso... Está predicho—terminó, temblándole tanto la voz y con tan extraños ademanes, que la hermana llegó á asustarse.

—Pero, buena mujer, ¿quién es usted? —le dijo.—¿Por qué se interesa tanto por él?

—Es un secreto, hermana, en el que no puedo mezclar á la Comunidad. No me pregunte usted y concédame, en cambio, lo que le pido.

—No puedo, sin un permiso del médico.
—Sor Enriqueta—dijo la vieja con voz

imperativa y gesto altanero:—si hasta ahora he suplicado, desde ahora ordeno, porque tengo derecho. Lléveme usted inmediatamente al lado del enfermo, ó dentro de un par horas toda la Comunidad sabrá lo que sucedió hace dieciocho años, una noche de Navidad, en la celda de la hermana Enriqueta, novicia en el convento de la Visitación.

—¡Dios mío!—exclamó la monja con espanto.

—¡Silencio!—dijo la mendiga después de sacar de su seno una cruz prendida á una cinta azul.—¿Me conoce usted ahora? Acompáñeme en seguida á la sala del enfermo.

—Venga usted, Madre,—dijo la Hermana inclinándose con respeto.

Y condujo á la anciana hacia una habitación destinada exclusivamente para los heridos.

Se acercaron á la cama número 23, en la que yacía un joven cuyo rostro apenas se distinguía, cubierto con el blanco de la sábana.

—¿Cómo está el enfermo?—preguntó la monja al enfermero de guardia.

—Peor, Madre—le contestó.—Creo que haremos bien en avisar al capellán; pues es probable que el enfermo muera muy pronto.

—Ya lo ve usted—dijo la monja á la mendiga.—No hay esperanzas.

—Repito á usted que no debe morir aquí, —volvió á decir la anciana.

Al oír esta voz, el enfermo se estremeció

en el lecho y, descubriendo el rostro se incorporó, miró á su alrededor, vió á la mendiga, y con la mano la invitó á que se acercara, mientras que con otro ademán ordenaba á la monja y al enfermero que les dejaran solos. A solas hablaron con entera libertad cerca de quince minutos. Después la vieja llamó á la Hermana, que permanecía separada á honesta distancia, y le dijo descolgando el número prendido á la cama:

—El número 23 necesita salir hoy, ahora mismo, si es posible. Pida usted su alta á la dirección.

—¡Oh!—repuso la hermana sumamente extrañada,—eso no puede ser; tal como está el enfermo moriría antes de abandonar la sala; eso no lo permitirá de ningún modo el director del Establecimiento.

—Hermana—replicó trabajosamente el enfermo,—quiero dejar hoy mismo esta casa. Tengo derecho á hacerlo. Haga usted firmar mi papeleta de salida.

—Vaya usted, señora,—prosiguió la mendiga con un signo misterioso que comprendió la Hermana, pues envió al enfermero á la dirección, de donde volvió éste al cabo de diez minutos.

El enfermo habíase ya vestido con ayuda de la anciana y de la monja. Si bien al principio se tambaleaba un poco, recobró toda su firmeza á los pocos pasos y llegó á la calle en la actitud de un hombre en perfecta salud, después de despedirse de la her-

mana dándole gracias por los cuidados que le había prodigado.

En cuanto llegaron á la puerta del Hospicio tomaron un carruaje que les condujo á un hotel del Arrabal de Roules, donde se apeaban momentos después.

El dueño de la fonda, dudando por la escasa garantía que le ofrecían los personajes, exigió los documentos del joven que quería hospedarse en su casa. Sacó éste de su cartera un pasaporte y varios documentos en que constaba su personalidad, y le inscribieron así en los registros de la fonda:

«Enrique Méndez, de veinticinco años, nacido en Salamanca, exoficial del ejército español, y refugiado en Francia.»

Cubiertos estos requisitos que exige la policía, el joven español tomó posesión de su cuarto, por el que la mendiga abonó un mes anticipado.

—¿Estás segura del éxito?—preguntóle el joven cuando estuvieron solos.

—Conozco á Sirena—dijo la mendiga—y estoy segura de ella.

—¿Pero yo podré esperar hasta esta noche?

—Sí—dijo la anciana después de mirar fijamente á Enrique, cuyo rostro sombreábase de una mortal palidez.—Lo que debes hacer es agitarte. Reanima tus fuerzas, revuelve tus odios, eso te dará bríos para llegar á la noche.

—Pero—dijo Enrique—¿cómo podrás alegrarle á él?

—No temas... He hecho una novena á la Virgen. He tomado mis medidas. Todo va bien.

—¡Ah, cuánto sufro, cuánto!—exclamó el español llevando la mano á su costado y comprimiendo un grito de dolor.

—Animo—dijo la anciana cogiéndole la mano,—no tardarás en hacer sufrir á tu vez, y esto te hará mucho bien.

—¡Ah! ¡un poco de aire, aire, me ahogo!—dijo Enrique.

La mendiga abrió la ventana que daba á la calle, y acercando una silla hizo sentar al joven, que sacó fuera la cabeza para respirar libremente.

En el instante de asomarse Enrique, un hombre que estaba cerca de la ventana de un café situado frente al hotel, se retiró apresuradamente al interior, murmurando para sí:

—No me había equivocado, es él: corramos á avisar á mi dueño.

Y salió apresuradamente del café después de echar una nueva ojeada hacia la fonda, en cuya ventana vió todavía la pálida silueta del enfermo que miraba sin norte hacia la calle.

A la misma hora en que ocurría lo que acabamos de narrar, es decir, casi al mismo tiempo en que el joven español Enrique Méndez salía del hospital Beaujon, he aquí lo que pasaba en un piso de la calle Lafitte.

En una especie de *salón-boudoir* adornado con fastuosa sencillez, que demostraba á primera vista el gusto exquisito de los dueños, dos jóvenes, sentados en un diván oriental, conversaban con cierta animación, mirando con frecuencia un magnífico reloj de Boule colocado sobre la chimenea entre dos bronce sacados en las excavaciones de Herculano.

Uno de estos jóvenes vestía traje de viaje; sus ropas, cubiertas de polvo, atestiguan su llegada; acababa efectivamente de bajar del coche, y por lo sudados que aparecían los caballos, rendidos y cubiertos de espuma y desenganchados en el patio, podíase comprender que la última jornada había sido recorrida con velocidad extraordinaria. En cuanto á los postillones, su alegría probaba la magnificencia del viajero, que les había pagado con espléndida generosidad.

Aquel joven era el sobrino del encargado de Negocios de un pequeño Estado de Alemania, y se llamaba Ulric Remfeld. Tres días antes estaba en el puerto de Plymentz y se disponía á partir á la India inglesa, donde pensaba pelear bajo la bandera de S. M. británica. En el momento de embarcar recibió de Francia una carta cuyo contenido cambió de súbito sus proyectos, pues fué inmediatamente al Almirantazgo, de donde salió en busca de sus pasaportes para París; allí llegó tan deprisa

como si el vapor y la silla de posta en que hizo su viaje hubiesen tenido alas.

He aquí lo que decía la carta que había causado la partida y la repentina llegada del joven alemán:

«Querido Ulric:

»Ya sabe usted que soy su amigo y creo haber dado pruebas de ello en varias ocasiones. Le ví á usted hace seis meses sugestionado por la fuerza de un amor desgraciado. Se doblegó usted ante los golpes de estos huracanes violentos que estallan al principio de nuestros veinte años, y cayó usted al fondo del abismo en que la desesperación sumió su espíritu en negros torbellinos. Según costumbre quiso usted morir, y para realizar su proyecto salió de Francia y se fué á Inglaterra, patria del *spleen*. Allí puso usted fin á sus días, y está usted, á estas horas, perfectamente enterrado en un cementerio del condado de Sussex. Según sus últimas voluntades, colocóse sobre su tumba un sauce llorón y plantaron aquellas florecillas azules que crecen con tanta abundancia en las orillas de los ríos de su patria; no puede usted estar más muerto de lo que está, y sus amigos no esperan volver á verle hasta el día del juicio final; tenga, pues, la bondad de no dejarse ver oficialmente antes de la época en que las trompetas de la Apocalipsis toquen la convocatoria del mundo entero para la resurrección eterna. Puede usted, por lo demás, dormir tranquilo, pues

cumplí escrupulosamente las órdenes que tuvo usted á bien confiarme en su testamento, cuya copia está en casa de mi notario. Debo decirle, para satisfacción suya, que generalmente fué usted llorado; su muerte hizo verter lágrimas á ojos de los más hermosos. Era usted indudablemente el que mejor bailaba el vals de todos los que han rendido culto al amor rítmico en medio del torbellino que dirige Strauss con su arco. Al tener noticia de su fallecimiento, este gran artista tuvo una pena muy honda, y en el último baile que se celebró en el Jardín de invierno, colocó, para dar muestra de su dolor, un lazo de crespón alrededor de su batuta de director de orquesta.

»¡Oh, amigo mío! de no haber tenido para ello razones tan poderosas, ¡qué mal ha hecho usted en morir! Pero sus frágiles veinte años no han podido resistir el primer choque de dolor, y se marchó usted. Si no se hubiese apresurado tanto, quizá se habría quedado con nosotros, pues sé de muchas manos blancas que se hubieran alargado para retenerle á usted en la vida. No era, sin embargo, la que usted había escogido; y no pudiendo obtenerla, desdeñó usted las demás. En fin, como vulgarmente se dice, á lo hecho, pecho; está usted ya muerto, y ha tenido la distracción de asistir á su propio entierro, y no dudo que se dirigirá usted una carta de participación; ha derramado usted lágrimas sobre su propia

tumba, se ha llorado usted sinceramente, ha llevado luto por usted, y se ha heredado usted de usted mismo, pues tengo á su disposición todos los objetos que se dejó usted en su testamento. Y á propósito, amigo mío, toda vez que está usted en el otro mundo, ¿no podría usted darme algunos detalles de la vida que ahí se hace? ¿Es persona amable la muerte y es agradable vivir en su reino? ¿En qué zona subterránea se encuentra? ¿Hay cuatro estaciones? ¿difieren éstas de las de por aquí? ¿Cuáles son las distracciones que tienen los difuntos? ¿Qué forma es la de gobierno? ¿Por qué código se rigen? Usted, que debe estar ya enterado de todas estas cosas, podía comunicármelas; si llegaba el caso de que me aburriera demasiado en este viejo mundo, iría á encontrarle allí, donde está usted; y quizá ya lo hubiera hecho hace tiempo, si no me asaltara el miedo de dejar lo malo por lo peor.

»Ha tenido usted la bondad de interesarse por mí y por mi modo de vivir desde que se marchó; soy siempre el mismo, amigo mío, lo que creo se llama un excéntrico; no han cambiado en modo alguno mis gustos ni mis costumbres; duermo de día y estoy despierto de noche; con mucha voluntad y perseverancia, he obtenido, por fin, que se detuviera en mí el movimiento intelectual, y me encuentro lo mejor posible con esta inercia que me permite escuchar durante tres horas los dichos de un necio, sin tener,

como antes, deseos de tirarlo por la ventana. Asisto con indiferencia al espectáculo que ofrece la vida, que tiene momentos muy divertidos. Por poco, hace algunos días, me ví precisado á recurrir á la pluma para conservar mi caballo, pues un telegrama, que no sé de dónde venía, arruinó á mi banquero, que me había hecho colaborar en sus especulaciones, en las que creyó oportuno comprometer toda mi fortuna; pero al día siguiente al de este desastre murió un tío mío en un duelo sin padrinos, comiéndose un pastel de faisanes, y como de carácter poco cuidadoso, el pobre se había olvidado de desheredarme; la ley natural me obliga á recoger su fortuna, que era, por lo menos, tan importante como la pérdida que me había causado la bromita del telégrafo. Debía usted haber conocido á aquel excelente sujeto, cuya máxima era que la vida es un banquete.

»La muerte de mi tío, dándome la posesión de una nueva fortuna, me permitía no cambiar ninguna de mis costumbres, y he seguido disfrutando la misma vida de antes.

»Sin embargo, por extraño que sea yo en los negocios y las intrigas de la sociedad, he oído hablar en estos últimos tiempos de una noticia que le interesaba á usted bastante, para que me fijase en ella al objeto de enterarle á usted.

»Ahí va el acontecimiento, que le transmito sin añadirle ningún comentario:

»Su misteriosa vecina, á la que llamábamos doña Sirena, por la que había usted apelado al recurso supremo de la muerte, se casa dentro de tres días con el señor conde de Puyrassieux. Como antiguo amigo de esta señora, creo que sería correcto que usted asistiera á su boda, á la que fui oficiosamente invitado por su tío el marqués Felipe B..., aquel gran señor que parece sacado de un cuadro de Velázquez. Bien es verdad que vuestra calidad de difunto sería razón suficiente para dispensarle la asistencia á esta ceremonia. De modo que puede usted obrar como le acomode; sin embargo, por si decide usted visitar á este matrimonio, le espero á usted hasta el último momento. Para no asustar á los invitados sería conveniente que no viniese usted con su sábana. Deje, pues, en esta ocasión su *negligé mortuorio*, y vístase como los vivos: actualmente, como antes, la moda prescribe para las ceremonias de esta clase el frac negro con guantes y chaleco blancos. Le recuerdo á usted estos detalles por si se le habían olvidado en el otro mundo, cuyas modas quizá no sean las mismas que por aquí.

»Dejo, pues, á su juicio el resolver si es ó no prudente que asista á esta boda, de la que se habla mucho en la sociedad parisina. Si se decide á venir, me encontrará dispuesto el sábado, á las doce del día, en esta su casa. Si á esta hora no ha llegado usted, iré solo. Siempre suyo afectísimo,—TRISTAN.»

Esta era la extraña carta que hacía volver repentinamente á Francia al joven Ulric, de cuya muerte ó suicidio habían hablado todos los periódicos ingleses.

Después de una hora de conversación con su amigo Tristan, éste miró de nuevo al reloj y dijo al viajero:

—Querido amigo, la hora se acerca... Creo que debe usted comenzar á vestirse.

—Pero—dijo Ulric con voz emocionada—habrá en esta reunión muchas personas que podrán reconocerme y no es este mi propósito: quiero *que sólo ella* me vea. ¡Ah, pérfida!

—¡Cómo! ¿estamos aún así, querido?—dijo Tristan.—Ha olvidado usted ya la divisa de sus padres: *¡Pérfida como las olas!* Pero créame usted, dése prisa. Mi criado está á su disposición. En cuanto á que le reconozcan, no lo tema usted; se quedará usted detrás de una columna, y tapándose un poco la cara con un pañuelo podrá usted ver sin ser visto; y además, aunque le vieran no lo creerían. Ha pasado ya el tiempo de las apariciones visionarias. Le recomiendo, eso sí, que perfume usted un poco su ropa blanca, pues echa usted un olorcillo á cadáver que podría denunciarle... Apresúrese usted.

Ulric pasó á la habitación contigua, en la que el criado de Tristan le ayudó á vestirse el traje de etiqueta.

Un cuarto de hora más tarde, entraba, apoyado en el brazo de Tristan, en la igle-

sia de Saint Philippe du Reule, que empezaban ya á llenar las personas invitadas á la unión de la ahijada del marqués Felipe con el conde de Puyrassieux.

Al ver á la novia arrodillada al pie del altar, Ulric mordió el pañuelo para no gritar, y Tristan sintió crispase en la suya la mano del alemán.

—Ea, amigo mío—le dijo por lo bajo, —tranquilícese usted; para muerto tiene usted muy poca filosofía.

—Precisa que la vea, precisa que le hable, —dijo Ulric al oído de Tristan, lanzando una mirada de fuego hacia la joven condesa de Puyrassieux.

—Pero querido difunto—le dijo Tristan, —eso es muy difícil; sin embargo, no se desespere usted; tendré quizá medio de introducirle en la fiesta que se celebrará esta noche en el palacio del marqués Felipe. Hágame usted el favor de cubrirse mejor la cara, hay personas que le miran á usted mucho.

—¡Ah, Dios mío!—murmuró Ulric sofocado y separando la vista de la pareja nupcial, á la que daban la bendición.— ¡Cuánto sufro!

Tristan le miró con afecto casi paternal, y le dijo al oído:

—Cálmese usted, Ulric, le juro que verá usted esta noche á doña Sirena, y le prometo que hablará usted con ella á solas.

Antes de proseguir esta historia creemos

necesario dar algunos detalles acerca de nuestra protagonista, á la que solamente hemos entrevisto á través de su velo de desposada cuando se dirigía al altar. Vamos, pues, á presentar al lector á esta preciosa mujer en el momento en que, rodeada de gran número de damas amigas, todas ellas correspondientes á la más alta nobleza ó á las familias más aristocráticas de Europa, les hace admirar las maravillas de su ajuar.

Doña María de Valdés tenía veintidós años; quedóse huérfana cuando muy niña, y vivía bajo la tutela de su padrino el marqués Felipe. Hasta la edad en que fué introducida en los salones de la sociedad permaneció encerrada en un convento de Madrid, en el que había querido en cierta época pronunciar votos solemnes. Desistió de su idea, empero, por razones que haremos conocer más tarde, al mismo tiempo que conozcamos el origen de su sobrenombre de doña Sirena.

Doña María hubiera producido éxtasis infinitos en los poetas amantes de aquellas ardientes bellezas que llenan los paraísos de los pintores españoles. Jamás concedió la naturaleza tan pródigamente sus favores á ninguna de sus hijas, ni aun á las más favorecidas. A los quince años doña María de Valdés era una de aquellas mujeres cuya mirada decreta la vida ó la muerte á los que no han tenido fuerza de voluntad suficiente para sustraerse á su influencia. Con sólo

verla se comprendía que un rayo salido de sus pupilas pudiera encender una agitada pasión, de la que solo cura la realización de los deseos ó el recurso de la muerte. Las mujeres que tienen esta terrible facultad, cuyo número es reducido, afortunadamente, son verdaderas calamidades, pues su sobrenatural belleza causa estragos y comete atentados contra los que nada puede la ley; son, por decirlo así, las Cleopatras de la vida íntima. La reina de Egipto causó la ruina de un Imperio, y estos divinos diablos de belleza causan á menudo en la sociedad, sobre la que reinan con toda omnipotencia de sus perfecciones, la ruina de muchos hombres, y es bien cierto que si ahora, en uno de esos hermosos cuerpos, maravilla de la naturaleza que desespera al arte, un diablo enemigo del género humano, desarrolla precozmente el instinto de las malas pasiones, esta obra maestra será pronto un monstruo... Todas las perfecciones que adornaran á una de esas mujeres serán otros tantos lazos en los que caerán los corazones honrados y las más hermosas inteligencias. Sus miradas, llenas de voluptuosos é invencibles atractivos, multiplicarán los ardientes delirios, y no habrá hombre que para tener el derecho de caer á sus pies vacile un momento y retroceda ante el obstáculo que le separe de esa mujer, aun cuando este obstáculo sea un crimen.

Apresurémonos á decirlo; doña María de

Valdés no se contaba entre estas temibles criaturas, y el número de sus virtudes igualaba al tesoro de sus bellezas. Habiendo permanecido hasta los 18 años enclaustrada, cuyas reglas conservaban aún los principios austeros de los primeros tiempos del catolicismo, la joven novicia era la más piadosa y la más casta entre las castas y piadosas mujeres que vivían en aquel santo asilo, cuyo umbral sólo en raras ocasiones se abría para dejar pasar á un padre ó á una madre. A pesar de la alta posición ocupada por el marqués Felipe, ni aún él, que se había encargado del porvenir de su ahijada, podía verla más de tres ó cuatro veces al año. Cuando tuvo 18 años, la joven dejó el claustro para ir á vivir con su tutor, ó mejor á viajar con él, pues el marqués Felipe viajaba casi continuamente, y no queriendo confiar á nadie el cuidado de su ahijada, la llevaba siempre á todas sus excursiones que por razones de Estado tenía que hacer á Italia, á Francia ó á Alemania. A los veinte años, doña María había, pues, recorrido gran parte de Europa, y sólo hacía dos años que había fijado su residencia en Francia con su padrino, el marqués Felipe B., que finalmente se avecindó en París. La unión de la joven española con el conde de Puyrassieux se basaba sobre el amor; y, cosa rara, esta unión había sido acogida con universal simpatía. A su tiempo contaremos los detalles que precedieron á este enlace, que daba ani-

mación aquella noche á todo el aristocrático barrio de Saint-Honoré.

Según hemos dicho, antes de que pasaran los invitados á la gran sala en que estaba preparada el banquete nupcial, la joven desposada había llevado á su cuarto, que debía dejar aquella misma noche, al lindo enjambre de sus compañeras, y acababa de abrir el rico cofrecillo en que guardaba los regalos de boda del conde Angel Spes de Puyras-sieux.

Todas aquellas jóvenes, en medio de las cuales la hermosa española resplandecía con el brillo especial que da el amor satisfecho, formaban un grupo encantador, en el que los distintos géneros de belleza tenían gran representación: las rubias *miss* con cabellos de oro pálido sueltos sobre unas espaldas blancas como mármol de Pharos; italianas gravemente recogidas en su seria belleza, que parecían sacadas de los cuadros de los maestros más gloriosos de Roma y Venecia; alemanas con la cara ovalada, cuya ingenua pureza se iluminaba con los dulces reflejos de sus ojos que, según canta la balada, brillaban como las estrellas de Mayo; españolas de Sevilla, Granada y Toledo, verdaderas marquesas como la que inspiró sus cantos á Alfred de Musset; para contraste con estas flores de una ardiente región, hijas de Noruega y de Suecia, lirios nacidos bajo las nieves polares, criaturas vaporosas que parecen salir de las nubes de Ossian; y finalmen-

te, perlas femininas francesas de París, parisinas, ésta es la última palabra de la elegancia y de la gracia, el electricismo de la belleza.

Sentada en el centro del grupo, la recién casada acaba de abrir su ajuar, y á cada maravilla que descubría, un grito de admiración salía también del pecho de sus compañeras. Desdoblaban, no sin celosa coquetería, los cachemires de las Indias, en que artistas desconocidos habían trazado aquellos mágicos arabescos yaquellas flores rasgadas, cuyo secreto poseen los orientales; se probaban con inocente envidia, y tendían sobre sus espaldas, aquellos ricos tejidos, en los que brillaban los más variados colores. Una, cual nuevo Iris, se envolvía en una nube de encajes bordados en aquella región de fina elegancia que llaman Flandes; otra agitaba bailando los pliegues sedosos de un mantón de crespón de China; otra se perdía de admiración ante las espléndidas sederías de los talleres de Lyon; luego, después de haber examinado, admirado y criticado todos aquellos tesoros de caquetería, llegó el turno á los estuches. El conde de Puyrassieux, que era entendido en pedrerías, había escogido él mismo en los más suntuosos almacenes; jamás un coronado amante de las *Mil y una noches* había llevado á los pies de su amada regalos más espléndidos. A cada joya que mostraba acompañaba un nuevo entusiasmo, un grito, al que se mezclaba por lo bajo

la expresión de aquella codicia secreta que sienten las mujeres por todo lo que brilla. Todas las superfluidades de la vida estaban previstas: diademas, brazaletes, sortijas, pendientes, anillos, cadenillas. Todo, en junto, de un valor suficiente para comprar una provincia entera. Cuando hubieron acabado de contemplar todas aquellas bellezas, doña María empezó á repartir los regalos que debían recordarla á sus compañeras. A una le ofreció una sortija cincelada por Froment Maurice; á otra un brazaletes, á otra un diamante, á otra una perla, á todas un recuerdo amistoso, que era á la vez un adiós de la joven que pasa á la categoría de mujer casada. Había terminado apenas esta distribución, cuando la condesa de Puyrassieux encontró en el fondo del cofrecillo un pliego cerrado y sellado, doblado en forma de cartas, sobre el que leyó su nombre en español. Lo cogió ansiosamente, pero pronto se tranquilizó al recordar la petición que habían presentado á su tío cuando entraban en la iglesia, y de que el mismo marqués Felipe le había dicho enseñándole la carta: «Probablemente es alguna petición de limosnas: la dejaré en tu cofrecillo».

Tranquilizada entonces, guardó el papel en su seno y fué á reunirse á sus compañeras en la mesa donde se preparaba el banquete de boda. Doña María dió su izquierdo á su marido, que aparecía con el rostro descompuesto por una misteriosa emoción.

La joven lanzó al conde una mirada tierna é interrogadora; el conde simuló no apercibirse de la inquietud de su mujer, y con un esfuerzo de suprema voluntad imprimió en su rostro el sello de la serenidad más perfecta.

Doña María creyóse equivocada y recobró la tranquilidad de espíritu perdida un momento al reparar en el rostro de su marido, especialmente en un instante en que su ayuda de cámara, Francisco, le hablaba al oído.

La comida, que fué realmente suntuosa, duró tres horas; al final pasaron los invitados al salón. Antes de entrar allí, la joven desposada se escapó un momento á un cuarto que ocupaba una anciana puesta á su servicio desde que vivía en Francia, y, sacando de su seno el billete que había encontrado en el cofrecillo, rompió el sello y leyó apresuradamente.

Los primeros renglones arrancaron un grito á su garganta, una palidez mortal cubrió su rostro, apagóse el rayo de su mirada y cayó sin sentido sobre un diván que había en la sala.

A los pocos momentos la volvió en sí el ruido de la habitación contigua; recogió el billete y llamó en su ayuda una fuerza de voluntad suprema que calmase la tempestad de terrores en que la había sumido su lectura; irguió su cabeza y entró en el salón en el mismo momento en que, extrañando su